

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8182.

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Nr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Nr. C. 166.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIRAS 4.

Jueves 14 de Febrero de 1889

CANTARES

Para bifstelis Inglaterra
Y para esencias el moro,
Para chocolate, EL BARCO
Que gana medallas de oro.
Si hablas de thés y calés
Mira no metas la pata
que los que elabora EL BARCO
Tienen medalla de plata.

Los cafés empaquetados y tes de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

ROMPECABEZAS COLON

De venta en la tienda «La Estrella de Oro», Cuatro Santos, 25 y 27.

A 15 céntimos.

La China

SEDESIAS Lanas fantasmas

CENTRO DE NOVEDADES

Villas y Sánchez
Marina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento
de bonificación en las compras que
excedan de 25 pesetas

Lanas inglesas para caballero

CONFECIONES

MERINOS Terciopelos ENCAJES

MAS SOBRE LA EMIGRACION.

Siempre alcanzando tales proporciones la despoblación del país, que se hace una necesidad urgente el estudio de sus causas principales, pensando seriamente en combatir este grave fenómeno de nuestra situación.

No se trata de disposiciones empíricas y arbitrarias, de medidas prohibitivas como la que con irreflexión inconcebible dictó no hace mucho el Gobierno oponiendo obstáculos a la emigración. Esto, a lo sumo, si logra contenerla ostensiblemente, empeora las condiciones de vida y nada resuelve por consiguiente.

No que se necesita lo es cerrar la puerta al que se marcha impulsado por la necesidad perentoria de vivir, sino colocar a todos en condiciones de existencia que hagan la emigración innecesaria.

Después de todo, si al que teniendo en su patria abiertas las horizontes de la actividad y del progreso, se abstiene en entregarse a lo desconocido abandonándole por impulsos codiciosos, el pecado llevará al castigo de su mala decisión, voluntariamente cometida y a veces de que deja lo cierto por lo dudoso, pero es una crueldad abominable cerrar las puertas para el que no puede vivir, o obligarle a la expatriación si en vez de favorecer el ejercicio de su actividad se le dificulta o anula, como sucede actualmente en España.

Se ha creído resolver el problema favoreciendo las obras públicas, y siempre, constantemente, se ha obtenido idéntico resultado: ó no ha habido modo de promoverlas, ó el expediente ha sido del todo ineficaz; no se ha tenido en cuenta que lo que se hacía era moverse en un círculo vicioso.

Las obras públicas costeadas por el Estado exigen recursos que el Estado ha de reunir a costa del sacrificio de los contribuyentes; es decir, que para aliviar la crisis económica se apela al recurso que la ocasiona, cayendo en el absurdo de querer aplicar la causa misma del mal a su remedio. El sistema homeopático aplicado a la administración de Estado, es menos admisible todavía que puede serlo en medicina; porque hay enfermedades del organismo individual que se curan pasando su período sin otra ayuda que la de la naturaleza, pero las grandes crisis sociales no se curan sin grandes auxilios, que no puede nunca suministrar el empirismo político.

Hasta ahora no se ha ocurrido a los llamados por sus cargos y por sus deberes a remediar los efectos de la crisis, más expediente que el apuntado, ó la realización de empréstitos ruinosos, que son seguramente un gran remedio para un país ya arruinado, por aquello de que perdido por uno lo mismo se está perdido por mil. Tal es la teoría aplicada en la práctica de los gobernantes, cuando acuden a ese supremo recurso del calavera que no piensa en el mañana.

Los gobiernos deben dirigir más lejos sus miradas y a la vez que remedien las angustias del presente, procurar las del porvenir.

No decimos con esto que debe abandonarse en absoluto el sistema de facilitar con las obras públicas y particulares, los medios de subsistencia a los que sólo de su trabajo viven y caen en la miseria cuando éste falta, pero debe tenerse en cuenta que no se trata solo de salvar una situación, que en el fondo reconoce como causa principal la falta de garantías que existen para el capital y para el trabajo, y partiendo de este principio, sin hacer análisis detenido de sus orígenes, convencernos de que lo principal, lo urgente, lo indispensable es facilitar la circulación del capital que hoy se esconde ante el temor de riesgos casi inevitables y permanece amortizado, ó busca por oscuros caminos la segura ganancia que no obtendría de otra suerte, exponiéndose a pérdidas ciertas y contribuyendo de este modo a hacer más difícil la situación, dando vida a la usura que hoy, merced a la grave crisis en que vivimos, se extiende por toda la economía social llevando la anemia a todas partes y amenazando con una muerte irremediable, si a tiempo no se atiende con reflexión, estudios y prudencia, al remedio de los males que nos aquejan.

LOS AMANTES DE TERUEL.

Noche fué la de anteyor, que recordarán con entusiasmo todos cuantos asistieron al teatro Real.

El unánime aplauso de este público inteligente, delicado, recto, censor y consumado

artista, que ha hecho de nuestro escenario de la ópera uno de los primeros palenques donde se ganan y depuran las reputaciones del mundo musical, ha consagrado el título de compositor insigne que se presentaba a pedirle un maestro Español. Tomás Bretón ha conquistado ya su lugar entre las notabilidades del arte. Su ópera «Los amantes de Teruel» es una riquísima joya de inspiración, de maestría, de superior talento dramático y lírico.

En el crisol del juicio popular, sobre las tablas, que son el terreno de la lucha franca y noble, han quedado deshechas, vencidas, ridiculizadas aquellas animadversiones de maestros ariscos y de fiscales inconvencibles que hace cinco años tenían a Bretón subiendo y bajando, con la cruz de su partitura inédita, el Calvario del pretendiente, esa cuesta que sería tan ignominiosa si la fé con que la recorrió el genio combatido y el aliento con que la vuelve cien veces a emprender, no la sembraran de tanta gloria, y si en el día del éxito y de la aclamación no fuesen los abrojos que atrás se dejan, ocasión de mayor triunfo por el cual hay que dar gracias a los enemigos.

Tirso de Molina y Hartzenbusch dejaron trazado el drama conmovedor que Bretón ha escogido para revestirlo de las más lujosas galas del arte musical. Y aquellas escenas de sin igual ternura, aquellos tristes amores que la leyenda recogió para perpetuar su interesante recuerdo, han aparecido ayer en la escena del Real, expresadas por la genialidad de un sentimiento y de una inteligencia exquisitos, con una nueva poesía y un nuevo calor que han arrancado al asunto desolados raudales de belleza.

No vamos a consignar más que impresiones de la memorable velada. Una sola adición, y esa en día de estreno, es muy poco para poder apreciar con la claridad y la calma que son necesarias, todos los méritos, todos los primores, todos los rasgos de poderoso espíritu que, cautivado y poseído de loco transporte, sorprendió al auditorio en la ópera nueva de anteanoche.

La crítica vendrá a su tiempo, y no con gran tardanza, a dar la explicación fría y la confirmación técnica de los embelesos y arrebatos que el público experimentó. Hoy, a la hora avanzada en que trazamos estas líneas, sólo cabe decir en globo que «Los amantes de Teruel» es una hermosísima obra, que vivirá gloriosamente en la esfera del arte moderno, que ha llenado ya de honor el nombre de nuestra patria, que nos da un compositor español de aliento y valer cual no lo poseíamos desde hace largos años, y que sin duda ninguna conquistará el aplauso y la admiración de todos los públicos europeos.

La opinión era unánime, espontáneamente producida, rápidamente formada, armoniosamente sostenida: esta ópera es la mejor de cuantas se han cantado en nuestro teatro lírico, debidas a compositores españoles, las deja a todas a gran distancia. «Los amantes de Teruel» es una ópera, no un ensayo, ni un anuncio, ni una promesa como otras producciones que hemos visto; es una ópera, y ópera de importancia singularísima.

Toda ella, desde su primera hasta su última nota, está envuelta en atmósfera de arte, en aura de distinción. La fuerza dramática se revela en todas sus escenas, en todas sus palabras, en cada frase, en cada melódica.

Desde que la voz de Diego Marsilla se dejó oír, arrastrando la fresca y característica copla del prólogo, hasta que Isabel, la sacrificada amante, cae sobre el ataúd de su amado, en el final del cuarto acto, son innumerables los

prodigios de armonía, de inspiración, de filigrana en la orquesta, de deliciosa melodía en las voces, en los conjuntos. El artista no se separa del maestro; los deliciosos toques de enérgico colorido se confunden con los alardes bravos de ciencia musical; la poesía descriptiva y los arrojos de la pasión enamorada, celosa, dolorida ó desesperada, hallan la más fiel interpretación en el trazado maravilloso de una orquestación en la que no se agotan los motivos, variaciones, las riquezas copiosas de la destreza más consumada.

No ha expresado la música más dulce y enamorada ternura que la del dúo de Diego é Isabel en su escena del prólogo, ni saben delicadeza y sentimiento que mejor deleiten y conmuevan que los de aquellos acentos con que se describe la separación de los dos amantes.

En el acto primero, Bretón pinta con primorosos detalles y magnífica grandeza la corte del emir de Valencia, y arrebatado al público, le enloquece, le desborda con el concertante magistral, el repudio de la sultana, con que el acto termina.

La sentidísima romanza de Isabel, desarrollada sobre un motivo del siglo XVI, que es el tema de la obra, aquel lamento de amor y tristeza, contiene acentos de conmovedora armonía que el ánimo recoge con deleite imponderable. Toda la escena de Marsilla sujeto al árbol, desde que se anuncia con acento de desesperación é ira en la soledad salvaje del bosque, hasta que concluye en vocal de favor y amparo, que repite y dilata el eco, es una página de gran valentía y de admirable desarrollo, cuya estructura envidiaría el más reputado maestro.

Pero la plena de la obra es el dúo de tenor y tiple del tercer acto. Marsilla penetra en la casa de Isabel, ve a ésta, la habla de su amor, escucha de su boca la nueva fatal de que está casada, le arranca la confesión de que a él sólo ama, la llama a sus brazos, ella pide respeto para su fe de esposa, Diego no cede, Isabel se aleja diciéndole que le morreos, el infeliz amante huye tras pasado del dolor que va a matarle.

Esta escena es la mejor del drama. Bretón ha vertido en ella todo el caudal de su genio, de su entusiasmo, todo su saber y todo su sentimiento. ¡Qué bellísima corriente de inspiración, qué calor en la frase, qué maravillas en la orquesta, qué dolor el de Marsilla, que espanto el de Isabel! El público estalla en gritos, que no terminan; el teatro es un hervidero de entusiasmos. Bretón, que ya ha podido infinitas veces en los otros actos, se rinde al peso de tanto aplauso, no sabe ya cómo demostrar su gratitud y su contentamiento.

No podemos, ni aun en rápida bosquejo, hacer aquí memoria de todos los méritos relevantes que la obra encierra; no podemos, por falta de tiempo y el espacio por limitas, soltar más que unos cuantos granos de aquel espléndido collar.

La obra es larga, compleja, digna de concienzudo examen. Es una obra de arte en toda la extensión de la palabra, con sus defectos, que casi no consisten en otra cosa que en algunas imitaciones ociosas ó venenosas prolongadas, y que la mano experta del mismo autor habrá hecho desaparecer, sin duda, en la segunda representación.

El éxito ha sido extraordinario y justo. Jamás hemos presenciado otro más natural y espontáneamente revelado. A la una de la madrugada, cuando la ópera concluyó, todos los espectadores permanecían fijos en butacas, palcos, galerías y paradisios, con excepciones contadísimas. La duración del espectáculo no habla producido cansancio en el público.